

UN INDIO VALE CASI COMO UN CABALLO: UTILIZACIÓN INDÍGENA EN LAS HUESTES DEL XVI

Ricardo Piqueras
Universidad de Barcelona

El comodín indígena

Cuando uno estudia el proceso de conquista y la rapidez con que este se llevó a cabo, sale a relucir de forma clara el decisivo papel que los indígenas jugaron en él. Una realidad histórica, que no hace más que constatar la diversidad de intereses de los grupos humanos presentes en la América precolonial y las variadas formas de contacto y relación que se dieron a partir de los primeros roces entre conquistadores y conquistados. La comprensión de la funcionalidad del factor indígena en el proceso de conquista es el tema de este artículo, que aborda la utilización del elemento indígena por las numerosas huestes que en el siglo XVI se internan por la zona septentrional de sudamérica, a la búsqueda de dorados e ilusiones más o menos utópicas. Habría que estar de acuerdo de entrada en la afirmación de Carlos Pereyra, cuando nos dice que «*sin el indio no se concibe la dominación ejercida por aquellos grupos de hombres perdidos en tierras ignotas*»¹. La afirmación de Pereyra es bien lógica si pensamos que, al ser el indígena y su mundo material uno de los principales objetivos del proceso de conquista, sin este no hubiera podido tener validez la principal justificación de la donación papal «*Dominus Orbis*» de las tierras descubiertas a los monarcas castellanos, cual era la evangelización de los naturales. La dinámica fronteriza americana fue pues ante todo humana y los grupos aborígenes tuvieron una participación decisiva en ella, actuando en todo momento como factor de atracción o de freno en los impulsos del proceso de conquista.

1. Carlos Pereyra, *Las huellas de los conquistadores*, México, 1986, p.64.

Podría decirse que las relaciones euro-indígenas, heterogéneas pero constantes, transcurrieron siempre bajo una cierta inestabilidad motivada por la imposición, la coacción, las actitudes violentas y depredadoras de los propios recién llegados y la clara incompatibilidad de sistemas culturales y formas de vida.

El conquistador-colono peninsular de finales del XV y gran parte del XVI, no solo quiere el espacio vital y la tierra del indio, que pasará «legalmente» a estar bajo la soberanía de la Corona de Castilla, sino que requiere la constante presencia de este para que la trabajase. El indígena ocupó su lugar en minas y campos y se convirtió, hasta la llegada masiva de población esclava africana, prácticamente en la única mano de obra disponible. Sin embargo, el elemento indígena resultó en un primer momento vital para la subsistencia alimentaria y física del recién llegado, como lo demuestra la inestimable ayuda prestada por el cacique Guacanagarí² a los hombres de Colón tras el naufragio de la Nao Santa María durante su primer viaje que permitió instalar una dotación de 39 hombres en el llamado fuerte Navidad en enero de 1493. La generosa hospitalidad del cacique fue así vista por el cronista Juan de Castellanos:

**«Si son gentes de buenos pensamientos
A bien es recebillos; si son gratas,
Si vienen fatigados de hambrientos,
Darémosles comidas bien baratas;
Darémosles de nuestros alimentos»³.**

Aunque para prevenir imprevistos, evitar una completa y forzada adaptación alimentaria y no fiarse tanto a la generosidad ajena, el propio Colón «*Dejóles también pan bizcocho para un año y vino Dejóles también simientes para sembrar*»⁴. A pesar de ello es lógico pensar que los indígenas taínos serían por la calidad y variedad de sus productos: yuca, maíz, batatas y pescado principalmente, sus principales proveedores de alimentos. Los enfrentamientos internos, la dispersión y las diversas molestias ocasionadas a los naturales, motivarían que no llegasen seguramente a consumir todas las provisiones disponibles y mucho menos a intentar recoger siembra alguna, sucumbiendo en un ambiente que les fue cada vez mas hostil⁵ y en el que estaban evidentemente en franca minoría.

La confianza y la aceptación de la ayuda indígena en momentos de inferioridad manifiesta, parecía ser la solución a los obligados problemas iniciales de adaptación y supervivencia que se planteaban a unos colonos, que no estaban prepara-

2. Cacique de la isla La Española muerto en 1499, con el que establece alianza el Almirante. Dominaba el territorio de Marién, una de las regiones mas prósperas de la isla.

3. Castellanos, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*, B.A.E. t.4, Madrid, 1944, parte I, Elegía I, canto IV, p.15.

4. Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*, edición de Luis Arranz, Madrid, 1985. Anotación con fecha miércoles 2 de enero de 1493, pp. 177-178.

5. Luis J. Ramos Gómez, «La construcción y destrucción del fuerte de la Navidad en 1493: Un ejemplo de conquista y resistencia», en *Conquista y Resistencia en la Historia de América*, pp.45-61, 1992. Del mismo autor, «Cristóbal Colón y los Indios Taínos (De octubre de 1492 a diciembre de 1494)», serie *Cuadernos Colombinos XVIII*, Valladolid, 1993.

dos ni física ni técnicamente para depender de si mismos en las para ellos nuevas tierras.

Pero esta situación constituyó solo una breve etapa inicial. Pronto asistimos a un proceso de inversión en la balanza de fuerzas, a medida que la relación numérica se hace favorable a los colonos, lo que significa el fin de la estabilidad en las relaciones con el mundo indígena. El colono pasa entonces de una situación inestable y precaria, tanto en número, como en asentamientos y recursos alimenticios disponibles, a formas de asentamiento mas estables, organizadas y bien abastecidas. Ello le permite no solo valerse por si mismo, sino al mismo tiempo ir imponiendo su dominio y estrategia a un espacio y a un mundo indígena que se degrada y desintegra, en el caso antillano, con alarmante rapidez.

Esta utilización y dependencia del elemento indígena, que se estabiliza e institucionaliza a gran escala en las zonas de ocupación permanente, puede considerarse clave en las expediciones fronterizas del siglo XVI al interior continental. Zonas estas, donde el dominio colonial aún no había podido ser impuesto y la correlación de fuerzas tendía siempre a estar mas equilibrada cuando no favorecía a los propios naturales. Es en estas expediciones, que intentaban extender el control colonial de la corona a unos territorios aún por descubrir, donde puede observarse todo un juego de relaciones e intereses que nos ayudan a clarificar el verdadero papel jugado por el indígena en los vaivenes de la dinámica fronteriza.

Servicios a la carta o la utilidad hecha indio

En la zona fronteriza de la Tierra Firme, la demanda de indígenas para cubrir las necesidades mas importantes de las expediciones fue muchas veces masiva, en función siempre del territorio de partida de la hueste, de la presencia, cantidad y actitud de estos y de los propios intereses y dinámica interna de la misma. Si las expediciones llevadas a cabo en la parte septentrional de Sudamérica durante casi todo el siglo XVI, puede decirse que eran de por si gravemente parasitarias, lo eran de muchos aspectos logísticos de importancia primordial para la continuación de sus acciones. Sin embargo, el principal obstáculo fue siempre la dependencia alimentaria, dada su relación con la propia subsistencia de los miembros de la hueste. El cronista Juan de Castellanos, narrando la jornada de Jerónimo de Ortal y Alonso de Herrera por el Orinoco, llevada a cabo en 1534, era plenamente consciente de este ello:

*«En saliendo de aquellos cenagales
y montañas de gran desabrimiento,
Hallaron luego rastros y señales,
Que dieron crecidísimo contento,
porque donde hallaban naturales,
No podía faltar mantenimiento;»⁶.*

6 Castellanos, Juan de. *Elegías*, Parte I, Elegía XI, canto II. p.104.

Las reservas alimenticias previstas por las huestes, que debían otorgarles una mínima autosuficiencia en el terreno alimentario, solían tener siempre una duración menor de la esperada. A las dificultades de hacer cálculos de provisiones, cuando no se sabía casi nunca el alcance de la entrada y por tanto su duración y contratiempos, se añadían las propias condiciones del medio tropical sudamericano (altas temperaturas y gran humedad) y las pérdidas por accidentes o ataques indígenas. El hecho de que la mayoría de grupos cazadores-recolectores o de horticultura del área actual venezolana, carecieran por su propia dinámica de reservas alimenticias importantes, no facilitaba sin embargo esa dependencia sino que la hacía inestable y arriesgada.

Por ello, la alimentación y aprovisionamiento de la tropa fue para los conquistadores la primera obligación que el indio, como víctima de su propia conquista había de atender. Puede decirse que el indígena, una vez el propio avance hacia el interior imposibilitaba cualquier ayuda inmediata externa a la hueste, se convertía en el único elemento abastecedor de la tropa en todos los sentidos, hasta el punto que difícilmente podrían haberse llevado a cabo algunas de estas expediciones o entradas, sin el apoyo logístico y vital del elemento indígena. De hecho, rápidamente se constata que el nativo va a representar el papel de un verdadero comodín en manos de la hueste, utilizado básicamente para facilitar la viabilidad del intento penetrador y la consecución de los objetivos propuestos en las diversas entradas.

Como muy bien establece Juan Friede, muchas veces solo logrando un contacto con los indios, existía la esperanza de continuar con los objetivos trazados.

«pues se conseguían cargadores para continuar la jornada, guías e intérpretes para el camino, alimentos, esclavos, botín de guerra e informes sobre las tribus vecinas y la situación geográfica del país»⁷.

De esta manera, llegaban en muchos momentos a ser el elemento mayoritario de las huestes, multiplicando con creces el número de castellanos participantes en la entrada y aunque sus actividades estuvieron siempre bien definidas, su presencia fue heterogénea y fluctuante, en función de las posibilidades y dificultades con que se encontraba la hueste para conseguir este tipo de ayudas.

La presencia de auxiliares indígenas en una hueste, no garantizaba en modo alguno la consecución de los objetivos trazados por esta, pero al menos permitía comenzar la jornada con mayores medios humanos y materiales en función de la mayor capacidad de carga que estos otorgaban. Ello podía significar teóricamente una mayor seguridad en las acciones de la hueste y un menor desgaste físico y psicológico para los soldados.

Pero ni estas alcanzaban una mayor duración por el hecho de llevar 100 o 1000 auxiliares indígenas, ni significaron una ayuda que evitara las altas pérdidas humanas que muchas de ellas sufrieron. Pese a la valiosa ayuda de estos indígenas, la enorme multiplicidad de factores, tanto internos como externos que actuaban sobre las huestes, nos permite asegurar que la ayuda indígena prestada nunca fue

7 Juan Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, Caracas, 1961, pp.259-260.

una garantía de éxito. En esto tuvo mucho que ver quizás la propia búsqueda de imposibles por parte de unos conquistadores que puede decirse que en algunos casos habían fracasado, aún antes de iniciar la marcha.

Los diversos servicios que el indígena prestaba al conquistador-colono integrante de la hueste, y a esta en conjunto, son tan numerosos e importantes, que muchas de ellas daban la impresión de no poder partir, sin tener resuelto antes el aprovisionamiento de auxiliares indígenas. Estos participarán en funciones tan básicas como son el transporte de cargas o el abastecimiento alimentario. De ahí que sea lógico que su papel quede reflejado de manera constante por los numerosos cronistas o historiadores de este período que nos van dando continuos e innumerables ejemplos de estos servicios.

La información recogida por los cronistas del siglo XVI y posteriores, (Fernández de Oviedo, Juan de Castellanos o Pedro de Aguado, entre los principales), permite así averiguar hasta que punto fue vital la participación activa de estos miles de indios que acompañaron, sufrieron y murieron muchas veces por verse forzados a seguir y servir constantemente a los conquistadores. El propio Castellanos narrando en sus Elegías, la segunda entrada de Ambrosio Alfínger al valle de los Pacabueyes (1531-1533), nos habla de la importancia y a la vez del destino de muchos de ellos:

**«Pues muy en breve se quedaron yertos
No poca cantidad de los cristianos,
Muchos caballos y ansímismos muertos
Mas de trescientos indios de los llanos
Ladinos, sagacísimos, espertos,
Y de los españoles pies y manos;»⁸.**

La posibilidad de poder contar con la presencia de estos indígenas «piezas de indios», hizo que el conquistador racionalizara y distribuyera las tareas básicamente por sexos y secundariamente a partir de las capacidades de cada pieza. La división sexual de los trabajos a realizar por los indígenas venía configurada principalmente por la mayor fortaleza y capacidad de carga de los hombres y la posibilidad ocasional de utilizarlos en acciones militares en defensa o contra grupos hostiles. Las mujeres, aunque también desempeñaban funciones básicas de porteadoras, serán mas valoradas como sirvientas, enfermeras, cocineras o concubinas, en función de sus cualidades o atractivos personales. En realidad eran los mismos papeles que en mayor o menor medida realizaban las mujeres castellanas en la península, por lo que hay que pensar que el hombre de la conquista no se planteaba en ningún momento establecer nuevos roles en las relaciones de género, diferentes a los ya tradicionalmente establecidos en su sociedad de origen. Sin embargo, si la mujer peninsular, siempre era un estorbo en el desarrollo de estas entradas, la presencia de mujeres indígenas fue una necesidad que colmó con creces las variadas apetencias del conquistador.

8. Castellanos, Juan de. *Elegías*, parte II, Elegía I, canto IV, p.207.

De esta manera la hueste conseguía suavizar la dureza de las acciones que emprendía, mediante un verdadero sistema de asistencia indígena que le facilitara al máximo el cumplimiento de su tarea diaria. La creación de este colchón indígena de seguridad, iba a permitirle actuar con una mayor confianza y perseverancia en sus acciones, atenuando muchas veces sus problemas o tensiones y fortaleciendo un claro sentimiento psicológico de superioridad, unidad y dominio sobre el mundo indígena con el cual se relacionaba y al mismo tiempo se enfrentaba.

Sin embargo, al alejarlo de la familia y su poblado durante un período siempre indeterminado, se ponía en peligro la continuación de las actividades de subsistencia habituales de las comunidades indígenas basadas en la caza, pesca, recolección o agricultura de roza. En todas ellas, la activa participación de hombres o mujeres provocaba la ruptura del equilibrio entre distribución del trabajo y recursos que mantenían la mayoría de grupos indígenas. La presión y coerción a que se vieron sometidos por parte de colonos y conquistadores propició la huida temporal hacia áreas de refugio de difícil acceso, pero también con menores posibilidades de subsistencia para los propios indígenas y el abandono definitivo de numerosas poblaciones debido a la esclavitud o muerte de la mayoría de sus ocupantes. Ello repercutió directamente en los procesos de despoblamiento y ruptura que sufrieron las zonas indígenas que fueron base de asentamientos hispanos, especialmente en las áreas costeras. Procesos de despoblamiento como los llevados a cabo por los gobernadores alemanes en sus zonas de asentamiento inicial en Venezuela, áreas de Coro y Maracaibo, fueron sin duda uno de los principales motivos de queja en los juicios de residencia que posteriormente se efectuarían contra ellos. Entre los cargos presentados en los dos Juicios de Residencia seguidos contra los Welser en 1538 y 1546 respectivamente, se especificaba claramente la masiva utilización de «indios amigos» de las regiones cercanas a Coro y Maracaibo, por parte de Alfinger, Federman y Espira, lo que motivó el total despoblamiento de numerosos pueblos de esas zonas⁹.

La segunda expedición de Ambrosio Alfinger (1531-33), las dos de Nicolás Federman (1530-31 y 1535-36), la de Hernán Pérez de Quesada (1541-42), la de Gonzalo Jiménez de Quesada (1569-72) y las tres de Antonio de Berrío (1584-85, 1587-88 y 1590-91), son algunas de las entradas en las que las huestes llevan consigo desde el momento mismo de la partida un número mas o menos importante de indios de servicio. Las huestes de Jorge de Espira (1535-38) y Felipe Hutten (1541-44), parten inicialmente sin ellos por los problemas de despoblamiento indígena que las expediciones de Ambrosio Alfinger y Nicolás Federman habían provocado anteriormente en sus zonas de partida, pero una vez en camino rápidamente se encargaron de procurárselos. Las tentativas por el Orinoco de Diego de Ordás (1531-32), Jerónimo Ortal (1534-35) y la de Diego Fernández de Serpa a la Nueva Andalucía (1569-70), parten inicialmente sin indígenas, aunque Ordás y Serpa

9. Los Welser, *Juicios de Residencia en la Provincia de Venezuela*, B.A.N.H. 130, tomo I, Caracas, 1977.

pronto se procurarán guías, informadores e intérpretes y Ortal además de estos, aprovechará enseguida un incidente armado para procurarse indios de servicio. Esto quiere decir que, siempre que se estaba en condiciones, se accedía al recurso de contar con auxiliares indígenas, independientemente de las normativas que al respecto la corona elaborase¹⁰.

Llegados a este punto, si analizamos globalmente las diversas funciones que el indígena puede prestar o verse obligado a prestar en determinados momentos para la viabilidad de las diferentes huestes, encontramos una extensa carta de servicios que podría sintetizarse de la siguiente manera:

A. *FUNCIONES BÁSICAS.*

A.1. Portadores

A.2. Abastecimiento alimentario.

B. *RELACIONES EXTERNAS.*

B.1. Guías.

B.2. Intérpretes.

B.3 Informadores.

C. *SERVICIOS INTERNOS.*

C.1. Domésticos.

D. *AUXILIARES DE ARMAS.*

Todas estas utilidades, lo eran en exclusivo provecho de los miembros de las huestes, que nunca de los indígenas. De los servicios mencionados, los nativos solo podían esperar sufrimiento y muerte, pues si la hueste pasaba dificultades, ellos eran los primeros en sufrir las consecuencias. Morían de frío, de hambre, de sobreesfuerzo o a consecuencia de la violencia que generaba la propia hueste, en un sacrificio inútil y absurdo para unos hombres que ni siquiera compartían la locura obsesiva de los diferentes dorados. Tal es el caso por citar alguno, de las dos expediciones de los Quesada, la de Hernán Pérez en 1541, en busca de «*la mayor riqueza de oro y plata y piedras esmeraldas que jamás se ha oído decir*»¹¹ y la de su hermano el Adelantado Gonzalo Jiménez en 1569. En ambas, la mortalidad de los indios de servicio llevados a ellas fue prácticamente absoluta. En la primera, de los «*mas de seis mil cabezas de indios libres, hombres, mujeres y niños, todos atados y hechos prisioneros, llevados por la fuerza y contra su voluntad*»¹², no regresó con vida ninguno, como lo atestigua el propio Hernán Pérez en la relación que hizo de la jornada.

10. Principalmente las Leyes Nuevas de 1542-1543 (caps. 20-21-24 y 34) y las ordenanzas de Descubrimiento, Nueva Población y Pacificación de 1573 (caps. 2-15-20 y 29).

11. A.G.I. Patronato, leg.26, r.23. «Relación del descubrimiento de la provincia de la canela hecho por Hernán Pérez de Quesada, 16 de mayo de 1543». Publicado en D.I.H.C. vol.VII, Bogotá, 1960.

12. Residencia secreta, licenciado Miguel Díaz de Armendáriz contra Hernán Pérez de Quesada, 16 de mayo de 1547, cargo 14, en Ernesto Restrepo Tirado, *Residencia que se tomaron a los primeros gobernadores*, B.H.A. 26, 1939, p.311. La cifra, aunque puede haber sido exagerada por el testigo para comprometer mas la actuación de Hernán Pérez, es aún menor que la del Padre Aguado (*Historia de Santa Marta*, Lib.IV, caps.11 y 12) quién habla de ocho a diez mil indios.

«Murieron en ella ochenta españoles y los demás salieron flacos y mal dispuestos. Caballos murieron ciento y diez y todo el servicio que traíamos»¹³. Hay que resaltar el orden de prioridad que establece Hernán Pérez, lo mismo que Castellanos, al dar noticia de las pérdidas, porque nos aclara perfectamente la concepción que los expedicionarios tenían de sus auxiliares indígenas; primero, los españoles, segundo, los siempre fieles y serviciales caballos y en última instancia, no los indios, sino «el servicio». Estos indios que cargan con los pesadas cargas de los castellanos, pelean con ellos y por ellos si es necesario o les sirven diariamente en mil y una tareas, no dejan de ser solo un medio mas al servicio del conquistador y de sus sueños, muy útiles pero siempre ocupando un determinado lugar en la escala de valores del conquistador. La del Adelantado no fue mucho mas afortunada, pues de los mil qui-nientos que cita Castellanos¹⁴, solo se salvaron cuatro.

Las utilidades anteriormente citadas, las podríamos encontrar en mayor o menor medida a lo largo de todo el proceso de conquista y en la mayoría de áreas de penetración. Pero es el carácter marginal y fronterizo extremo del área tomada como marco para este estudio, lo que hace que sea aquí donde se encuentre un aprovechamiento límite de las posibilidades de utilización del indígena, empleo que excede en numerosas ocasiones su condición de seres humanos, aún por otro lado en discusión en las primeras décadas del siglo XVI. El desprecio por la condición humana del indígena era tal en esta época que, como insinúa Friede, seguramente «Los soldados, al ver matar a los cargadores indígenas, sentían más la pérdida de un indio para su servicio que la muerte de un ser humano»¹⁵, ya que eran plenamente conscientes de sus naturales «derechos de conquista».

Esta clasificación en tres apartados diferentes, vendría configurada en base al papel que juega cada una de estas actividades dentro del conjunto de la hueste, de cara a su viabilidad. En este sentido, no habría duda en considerar que las labores de porteo y las de proveer de alimentos a la hueste configuraron la base de las relaciones hueste indiana-mundo indígena en la zona y período estudiado.

Sobre la expedición de Jorge de Espira, declara un testigo que:

« fue necesario tomar los dichos indios para el remedio de los españoles que iban en el descubrimiento porque la mayor parte de ellos eran nuevamente venidos de los Reinos de España y sin servicio mal podrían sustentar los grandes trabajos y hambres que en semejante entrada se suelen pasar »¹⁶.

Un texto que deja marcada bien claramente la importancia de estas dos funciones. La de portear con todo «el matalotaje» o conjunto de cargas, arduo trabajo para

13. «Relación del descubrimiento de la provincia de la canela hecha por Hernán Pérez de Quesada, 16 de mayo de 1543». D.I.H.C, vol. VII, p.16.

14. Castellanos, Juan de. *Historia de Nueva Granada*, canto XXIII.

15. Friede, J. op.cit. p.558. La cita hace referencia a la actitud de cortar la cabeza a los indios de servicio durante la segunda expedición de Alfínger, cuando estos se agotaban o caían enfermos mientras caminaban atados en cadenas, para evitar las molestias de abrir las mismas.

16 *Juicios de Residencia en la provincia de Venezuela*, 3º Juicio de Residencia seguido por el Licenciado Juan Pérez de Tolosa a los Welsler (1546), Testimonio de Juan de Villegas, p.448, 1977. A.G.I. Sevilla, Justicia, Leg. 996, pieza 6ª. Fol. 96vº-105.

el cual los españoles nunca estuvieron del todo acostumbrados y la de evitar en lo posible las carencias alimentarias y por lo tanto, el riesgo del hambre, tareas que han de desempeñar de un modo u otro los indígenas. Si bien no hay duda de que la inexperiencia de los chapetones los hacía mas vulnerables a cualquier tipo de contratiempo, serían seguramente los baquianos u hombres con experiencia en el terreno los que, por su propia veteranía y experiencia de las dificultades, sabrían acceder y sacar un mayor provecho de los servicios que los indígenas podían ofrecerles.

Ambas funciones, porteo y abastecimiento alimentario, de hecho se relacionan directamente, por cuanto una de las mas importantes cargas a trasladar por el conjunto de porteadores indígenas será el cargamento de los bastimentos que lleven inicialmente de partida, o los que vayan recogiendo forzosamente o no a medida que la hueste avance.

A. Funciones básicas.

Definiremos como funciones básicas aquellas que, desde el punto de vista del conquistador, eran consideradas como mas importantes para el funcionamiento inicial y la continuidad posterior de la hueste y que por tanto, serán las mas constantemente requeridas por los grupos de conquista a lo largo del desarrollo de las distintas jornadas. Sin embargo y como hemos visto, no todas las huestes de conquista o colonización estuvieron en condiciones de utilizar auxiliares indígenas, teniendo que resolver en dicho caso las posibles dificultades, únicamente con sus propio medios.

A.1. Porteadores

El capítulo 24 de las Ordenanzas para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los indios, también conocidas como las Leyes Nuevas de 1542-1543, dictaminaba que se tuviera especial cuidado en no cargar a los indios y que si se hacía, por falta de animales de carga o de caminos transitables, no fuera contra su voluntad y siempre a cambio de un jornal. La ordenanza¹⁷ hacía referencia genérica a todo tipo de trabajo de carga que se realizara en cualquier lugar de las Indias de Castilla y por tanto, quedaban incluidas en ella todas las entradas o jornadas de descubrimiento, conquista y poblamiento. Y era precisamente en estas, donde seguramente se incumplía con mas profusión y descaro, cargándose los indios para estas entradas antes, durante y después de la promulgación de estas leyes teóricamente defensoras de ciertos derechos indígenas.

La verdad es que se hace difícil pensar en una hueste o expedición de esta época que realice una entrada en tierras de sudamérica, sin la compañía y colaboración de decenas, centenares o incluso miles de cargadores indígenas. Cuando esto no fue así era porque la zona elegida de partida no contaba con el suficiente

¹⁷ *Las Leyes Nuevas de 1542-1543. Ordenanzas para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los indios, cap.24.* Publicadas por Antonio Muro Orejón, Anuario de Estudios Americanos, T.XVI, Sevilla, 1959, p.573.

potencial humano accesible a la hueste, los llamados «indios amigos» o porque las dificultades comenzaban tan pronto, que en ningún momento estaban en condiciones de poder imponer su autoridad o lograr la ayuda de alguno de los grupos indígenas con los que pudieran entrar en contacto.

Las razones iniciales de esta necesidad de porteadores son varias, pero la primera de ellas fue la propia carencia de animales de carga suficientes, acémilas o caballos de carga, que llevaran todo el material o matalotaje con el que una hueste debía partir: ropa, armas, munición, medicinas, agua, alimentos, etc. Esta carencia estuvo condicionada inicialmente por el alto coste de estos animales que debían ser trasladados desde Santo Domingo u otras islas antillanas. A esta carencia inicial habría de sumarse el hecho de que, aún en el caso de que contasen con estos animales, se encontraron en muchas zonas con la inexistencia de caminos y rutas adecuadas para el avance de los mismos y debido a las características del terreno, pantanoso, excesivamente espeso de vegetación o con elevadas pendientes, debían forzosamente prescindir de ellos. Era necesario entonces montar campamentos provisionales, donde dejar gran parte del ganado y, con medios más ligeros, continuar la exploración. De esta manera era más fácil y también económico contar, siempre que se pudiera, con el empleo de indios como bestias de carga. Tal es el parecer de Gonzalo Fernández de Oviedo al referirse al empleo de indios de carga durante la expedición de Alfínger al Valle de los Pacabueyes:

«Allí tomaron algunos indios que llevaron adelante cargados con el oro e otras cosas, porque tenían mucha necesidad de bestias, e porque ya que no los matasen ni los convirtiesen ni los dejasen libres, los tornasen acémilas o asnos para llevar sus propios despojos, para quién se los tomaba»¹⁸.

Sin animales de carga ni indios que asumiesen dicha función, al español no le quedaba otro remedio que cargar con sus pertrechos a cuestas y sufrir un trabajo que a la vez que indigno para muchos de ellos, les cansaba físicamente, les dificultaba su marcha y les alejaba de los objetivos que se habían trazado. Esto fue lo que le sucedió al capitán Iñigo de Vascaña y sus hombres, quién de regreso a Coro con el botín obtenido hasta entonces por el gobernador Alfínger y al no contar con auxiliares indígenas, se vio obligado a repartir el oro «y lo traían los cristianos en mochilas, a diez e doce libras por hombre, por falta de indios»¹⁹. Así, ante la presencia de una nutrida población indígena en muchas áreas, solo había que forzar su «natural tendencia al ocio y a la vagancia» y obligarlos a trabajar al servicio del conquistador. Para este fin era siempre conveniente contar con poblaciones indígenas conocidas y pacificadas a las que se podía imponer cualquier tarea. La diferencia entre un poblado ya pacificado y otro hostil o alzado era que, el primero, normalmente podía ser presionado y utilizados sus habitantes, aunque para ello se saltasen las leyes protectoras del indígena establecidas por la corona al efecto,

18. Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias*, B.A.E. tomo, CXIX, Madrid, 1959, cap. IV, p.17.

19. Fernández de Oviedo, Gonzalo. op.cit. cap.VI, p.23.

mientras que al segundo debían reducirlo previamente por las armas o intentar pactar si querían asegurarse indios de servicio. Todo era una cuestión de dominio militar y moral sobre unos seres considerados por una gran mayoría como seres inferiores a la condición humana de los cristianos. En el 1º Juicio de Residencia seguido por el Doctor Antonio Navarro a los Welser (1538), tenemos el testimonio de Juan de Villegas sobre la actitud de Alfinger.

«Alfinger dio poco servicio a los conquistadores, que les otorgaba solo una pieza, es decir, un indio por cabeza y tomaba a los mejores de ambos sexos para sí»²⁰.

La queja de Villegas venía dada por considerar que el reparto de un indio por cabeza era insuficiente para las necesidades cotidianas de un soldado, y porque Alfinger no solo tenía varios a su servicio, sino que además eran escogidos entre los mejores. Se entremezclan aquí cuestiones de cantidad y de calidad que hacen pensar que, el contar con el suficiente personal de servicio, dos por lo menos para cada soldado y un número indeterminado para oficiales y capitanes, era una cuestión altamente valorada para unos hombres que, a mayor cantidad de indios, menor trabajo personal deberían realizar durante el transcurso de la jornada. Tan importante, como para que entre los dieciséis cargos que se le formulan al propio Alfinger en el primer Juicio de Residencia contra los Welser, se haga referencia a esta falta de generosidad del Gobernador a la hora de dar indios en servicio

«porque no daba servicios a los españoles y les hacía llevar a cuestras su ropa y comida»²¹.

Ropa y comida eran algunas de las cosas que mas comúnmente llevarían a cuestras los indígenas. Junto a ellas, el oro acumulado mediante rescate o ranqueo, repuestos de armas, municiones, medicinas, mantas, arcones repletos de enseres personales y baratijas para los intercambios con los grupos indígenas con los que entrasen en contacto. También el agua entraba en el listado si el propio terreno no abastecía de ella e incluso si hacía falta, a los propios españoles enfermos que eran transportados gracias a los «lechos del país», como sucedió en la expedición de Nicolás Federman a Acarigua (1530-31).

La expedición de Jorge de Espira a los llanos (1535-1538) es un magnífico ejemplo de búsqueda y utilización de indígenas como porteadores. El nuevo gobernador alemán de Venezuela tras la muerte de Ambrosio Alfinger, parte de Coro a mediados de mayo de 1535 con cerca de 400 hombres y 80 caballos aproximadamente²², con la esperanza de conquistar el rico, en oro naturalmente, imperio del

20. Testimonio de Juan de Villegas contra Ambrosio Alfinger, A.G.I. Justicia, Leg. 56, fol. 14-17. Publicado en *Juicios de Residencia en la provincia de Venezuela*, B.A.N.H. 130, Tomo I, p.103, Caracas, 1977.

21. Cargos resultantes del Primer Juicio de Residencia seguido contra los Welser por el Doctor Antonio Navarro. A.G.I. Justicia, Leg. 56, Fol. 57v^o-59. Publicado en *Juicios de Residencia en la provincia de Venezuela*, p.144.

22. Aguado, fray Pedro de. *Recopilación Historial de Venezuela*, B.A.N.H. 62, Caracas 1963, p.128.

Meta. El diario o crónica de la jornada²³ que escribiera el joven alemán Felipe de Hutten es una magnífica fuente de primera mano para analizar la política del capitán tendente a capturar indios esclavos que lleven la carga y recoger al mismo tiempo alimentos para la tropa. Porteadores y alimentos formarán un binomio inseparable durante los poco más de tres años que dura la expedición de Espira. Durante este tiempo, se suceden los envíos de capitanes por parte de Espira en busca de piezas de indios que incorporar al grupo. Veamos algunos ejemplos extraídos del diario de Felipe de Hutten:

Día 26 de junio: «*invadimos el mencionado pueblo, acuchillamos a algunos y cogimos presos a unos sesenta*»²⁴.

Día 27 de Julio: Vuelve el capitán Mister Andreas con 53 piezas de indios «*quienes fueron repartidos enseguida entre los cristianos necesitados*»²⁵.

Día 4 de noviembre: «*Mister Andreas y Cardenas fueron enviados a dos pueblos para buscar indios; los dos regresaron; Cardenas trajo 18 piezas, pero Mister Andreas nada, pues todos los indios habían huído a las montañas*»²⁶.

Día 25 de diciembre: «*envió al campamento a unos cristianos enfermos y 60 indios cargados de maíz y de madera; el gobernador repartió estas cosas por su propia mano entre los cristianos*»²⁷.

Son algunos ejemplos de los primeros meses de la expedición, en los que constantemente se vieron en la necesidad de obtener cautivos para que llevaran las cargas del conjunto de la tropa. Eran acciones premeditadas de búsqueda y captura, en las que la utilización de la violencia contra los indígenas fue un recurso constante. Un cálculo aproximado de los indígenas utilizados en la expedición de Jorge de Espira, a partir de las anotaciones del diario de Hutten, eleva la cuenta a más de 625 indígenas de los que se tiene constancia numérica que fueron capturados y repartidos entre la tropa para ejercer diversos servicios. A este número habrá que añadirle una indeterminable cantidad de indígenas que fueron capturados y hechos prisioneros en la docena de referencias escritas del diario, que sin embargo no establecen cantidades cuantificables. Finalmente sumaríamos en este incierto cálculo, los centenares de indígenas que a través de los pactos alcanzados con sus caciques y de forma no forzada, colaboraron ocasionalmente con la hueste llevando sus cargas de un poblado a otro y regresando seguidamente a sus lugares de origen.

El número final seguramente pasaría del millar largo de indígenas que actuaron de porteadores durante el largo recorrido de Espira por tierras de la actual Venezuela, permitiendo que este siguiera avanzando día a día. La de Espira es un simple ejemplo de la necesidad imperiosa que tuvieron algunas de estas expedi-

23 El diario de Felipe Hutten lo escribió al regresar a Coro en octubre de 1538, con la intención de hacerlo llegar a su padre. En 1775, el texto fue publicado en alemán. Publicado y traducido del alemán por Federica de Ritter, en Gabaldón Márquez, J. (ed). *Descubrimiento y conquista de Venezuela*, B.A.N.H. 55, Caracas, 1962, pp.343-370.

24. Diario de Felipe Hutten. op.cit. p.350.

25. Diario de Felipe Hutten. op.cit. p.353.

26. op.cit. p.355.

27. op.cit. p.356.

ciones de contar con el trabajo de los indios para intentar llevar a cabo sus proyectos doradistas de penetración continental. Sin embargo, sirve para poder extraer algunas constantes generales en esta demanda permanente de piezas humanas de carga.

En primer lugar, que era el capitán de la hueste, como responsable máximo de la misma, el que se encargaba normalmente del reparto personal de las piezas de indios entre los componentes de la milicia. Tal privilegio podía dar lugar a protestas y descontentos entre la tropa si este reparto no era equitativo y justificado, en función de las necesidades, o si el capitán tendía a diferenciarse en exceso del resto en cuanto a cantidades, como era el caso de la acusación contra Alfinger.

Una segunda constante sería la utilización de métodos coercitivos y violentos cuando no hay posibilidad de obtener porteadores mediante acuerdos con el cacique correspondiente. Es evidente que el grado de violencia ejercido, esta casi siempre controlado por los propios mandos de la hueste, en función de sus propias necesidades logísticas. Se hacían prisioneros para llevar cargas, a los indios que oponían cualquier tipo de resistencia, o se aprovechaba cualquier incidente para provocar dicha resistencia pero también, a los que aún estando en paz o no hubieran dado lugar a provocación, si ello era necesario para la continuación de la jornada. Casi siempre, una vez conseguida la paz con el cacique, lo primero que se le pedía era que suministrase cargueros «voluntarios» y ocasionales, que habían de transportar las cargas hasta el siguiente poblado o hasta sus límites territoriales y que solían ser dejados en libertad una vez cumplida su parte del trabajo.

«Los indios me dieron doscientos hombres para llevar mis equipajes y mostrarme el camino hasta la vista de las aldeas de los cuiabas, sus enemigos, y les prometí hacerlos conducir sanos y salvos, hasta fuera del territorio de estos últimos»²⁸.

En cualquier caso, lo que primaba eran siempre los intereses y necesidades diarias del grupo armado, que a la vez que se iba abriendo camino físicamente lo hacía también a sus sueños y esperanzas de encontrar su dorado particular. Frente a esta calculada actitud por parte del conquistador, siempre encontraremos la respuesta del indígena, traducida en forma de huida a la menor ocasión que se le presentara. En este sentido la jornada de Espira, en la que constantemente requieren la presencia de indios de servicio, evidencia también la frecuencia de las huidas indígenas hacia sus lugares de origen, librándose de una compañía de la que nada bueno podían esperar. Para evitar estas deserciones, que hacían peligrar la estabilidad de la hueste, los cargadores eran muchas veces atados con cadenas o cuerdas al cuello «*y están puestos por tal orden con sus colleras al pescuezo que aunque vayan caminando y cargados, nunca se les quita la cadena*»²⁹.

28. Federman, Nicolás. *Relación del Primer viaje a Venezuela*, Edición de Lorenzo E. López, Madrid, 1985, p.82.

29. Aguado, fray Pedro de. op.cit. p.92.

La tercera constante sería la estrecha y directa relación que conllevaba la búsqueda de portadores con la obtención de alimentos. Si la hueste casi siempre era parasitaria de algo, lo era sobre todo de alimentos para el diario consumo de sus miembros. Es por ello que el indio, ya estuviera realizando tareas de servicio en la hueste, o se enfrentase como enemigo a ella, va a ser parte fundamental en el vínculo que se establece entre conquistador y recursos alimentarios.

A.2. Abastecimiento alimentario

La relación entre portadores y búsqueda de alimentos se daba de una forma lógica, ya que la presencia de indígenas significaba casi siempre la posibilidad de acceder también a sus recursos alimenticios ya sea de forma pacífica o mediante el robo y saqueo de sus pueblos o sementeras.

Por el contrario, cuando transitaban por zonas abandonadas o despobladas de presencia indígena era cuando más aprietos alimenticios pasaban los expedicionarios. Por otro lado, de nada les serviría encontrar grandes campos de cultivo por recoger o depósitos de alimentos indígenas abandonados (maíz o Yuca), si no podían después transportarlo con ellos por falta de cargadores. De ahí que las órdenes de conseguir portadores indígenas y alimentos fueran unidas y se vieran muchas veces cumplidas al mismo tiempo.

El papel de los indígenas en el abastecimiento alimentario de la hueste no se limitaba solo a prestar sus campos de cultivo o depósitos alimentarios, ni a transportar las cargas de maíz, yuca o cualquier otro alimento que pudieran rapiñar o conseguir en intercambios. Muchas veces participaban activamente en la preparación de algunos alimentos, principalmente el tratamiento de la yuca para hacer cazabe, recogían y cargaban la leña para hacer los fuegos de campamento y de cocina, donde estos siempre tenían más experiencia en conseguir hacer fuego en condiciones ambientales de gran humedad y, en circunstancias de falta de alimentos o agua, siempre podían aportar algo de su experiencia en el conocimiento de los productos comestibles de la tierra, raíces, semillas o frutos, muchos de ellos desconocidos aún para la mayoría de los españoles o de los árboles y plantas que podían ofrecer el líquido elemento.

Una función que también se vieron obligados a cumplir, fue la de convertirse en moneda de cambio o rehenes con el único fin de presionar a sus comunidades para que aportasen alimentos a la hueste a cambio de su liberación. Este hecho, la toma de rehenes, a ser posible el cacique o principal y su familia, en poblados hostiles o sospechosos de serlo, venía siempre relacionada con dos propósitos. El primero de ellos era la obsesión por conseguir objetos o piezas de oro que satisficieran sus ansias por el dorado metal y aumentara el botín a repartir. El segundo era el aporte alimentario, cuando comenzaba haber necesidad y no había la suficiente colaboración por parte indígena. Tal medida, que repercutía directamente en la seguridad física de los prisioneros, no era sin embargo un seguro para la consecución de ambos objetivos. Ejemplo de esta práctica común en muchas jornadas de conquista, podría ser la llevada a cabo por Alonso de Herrera (1534-1535) en su subida Orinoco arriba, cuando entran en un pueblo en

busca de alimentos y no encuentran la disposición requerida por parte del cacique.

«hizo señar algunos de sus soldados, los cuales antes que el cacique pudiese dar la vuelta a los suyos, le prendieron, diciéndole que si no quería pagar con la vida su loco descomedimiento, que mandase a los suyos que dejando las armas viniesen con humildad ante el capitán, trayendo de lo que en sus casas tuviesen para comer»³⁰.

Se jugaba con el chantaje, cambiando autoridad indígena por alimentos, porque los castellanos eran conscientes por experiencias anteriores en las antillas y en México, que esta táctica solía dar buenos resultados, en función del grado de autoridad y de influencia sobre la comunidad que tuviera el rehén.

Los innumerables servicios y favores que realizaba el indígena para con la hueste a lo largo de las interminables y agotadoras jornadas, tenían sin embargo un verdadero límite. Este se producía cuando el indígena, además de haber sido utilizado como bestia de carga, criado, camillero, proveedor de agua, leña o alimentos, guía, intérprete o mensajero, rehén u objeto sexual, podía convertirse también en un último recurso de subsistencia. Los comentarios de los cronistas sobre los diversos casos de canibalismo en las expediciones de Alfínger y Espira, dejan bien claro una actitud de rechazo, más explícita en el caso de los religiosos, hacia unos hechos que injustificadamente habían sucedido y que acercaban al conquistador a la «bestia» de carga, sin humanidad ni raciocinio, que pretendían que fuera el indígena que les servía.

B. Relaciones externas

Las hemos definido así, por ser actividades que tienen como fin principal facilitar la comunicación con la realidad exterior a la hueste y ayudar a encaminar a esta hacia sus objetivos más inmediatos. La necesidad de indígenas que realizaran tareas de guías, intérpretes, también llamados «lenguas» o sirvieran ocasionalmente de informadores, obedecía siempre a las carencias propias de unos hombres que desconocían tanto el mundo físico por el que transitaban, como la complejidad humana y lingüística del mundo indígena con el que tenían que relacionarse. Establecer unos mínimos canales de comunicación con los grupos humanos con que se encontraban era vital para ir definiendo la ruta hacia el objetivo marcado, a la vez que esto se hacía con un mínimo de seguridad en función de las informaciones recibidas, pactos y ayudas alcanzadas.

Dos características marcan el desempeño de las mismas y merecen ser destacadas. La primera es la complementariedad de las funciones de guías, lenguas e informadores. Así, los mismos guías actuaban normalmente de intérpretes hasta donde le permitieran sus facultades lingüísticas y estos últimos, por pertenecer a los distintos ámbitos territoriales que atravesaba la hueste, eran utilizados como guías, al menos hasta salir de sus respectivos territorios.

30. op.cit. p.511.

«y se tomaron algunas piezas en los cuales se tomó un guía principal que hablaba lengua iriguana y pacabuey y había estado con los otros cristianos con el cual indio hablabamos por tercera persona. Este indio llevó el gobernador consigo por guía y lengua»³¹.

En el caso de la búsqueda de informes, para el conquistador, todo indígena, ya fuera hombre, mujer o niño era un informador en potencia, y por tanto, también los guías e intérpretes podían actuar como tales, sobre todo si lo que se buscaba era la confirmación de noticias o existencias ya «presuntamente conocidas» por estos, como la Mar del Sur, en el caso de Alfínger, el país del Meta en el caso de Jerónimo de Ortal o el dorado Guayanés en el de Berrío por citar algunos ejemplos.

La segunda característica sería el carácter dual de estas actividades, por cuanto todas ellas podían ser utilizadas por el nativo como formas de resistencia para defender su libertad, confundir, engañar y alejar a los castellanos de los poblados y áreas indígenas.

«por falta de jóvenes y de intérpretes no pudimos informarnos ni sobre el camino ni sobre cosa alguna; pero los indios nos indicaban por señas que el oro y las riquezas no estaban lejos»³².

B.1. Guías

La utilización de guías indígenas obedece al desconocimiento generalizado que los castellanos tenían de los espacios continentales en los que penetraban. Lógico, si tenemos en cuenta que la mayoría de estas huestes recorrían zonas hasta entonces inexploradas por los europeos. La necesidad de guías sería mayor en el caso de zonas despobladas o de difícil penetración, donde era imprescindible que alguien guiase a la hueste hasta dar con un poblado y todas las consecuencias que podían derivarse de ese hecho, alimentos, posibilidad de botín o acceso a nuevos auxiliares.

Muchas veces se dio la circunstancia de poder utilizar la presencia y experiencia adquirida por hombres de frontera que tuviesen algún conocimiento de esos espacios, los famosos baquianos, junto con los conocimientos geográficos y «buena voluntad» de los guías nativos. Tanto Ambrosio Alfínger en su segunda entrada, como Diego de Ordás en el Orinoco, tuvieron la oportunidad de acceder a ambas posibilidades. Cuando Castellanos narrando la entrada de Alfínger refiere que:

«tenemos ya recado suficiente
y guías que parecen ser bastantes;»³³

se esta refiriendo a que contaban tanto con expertos baquianos, como con guías nativos para empezar con seguridad la jornada.

31 Relación de la expedición de Ambrosio Alfínger. 9 de junio de 1531, hasta el 2 de Noviembre de 1533. Escrita por Esteban Martín, Maestre de Campo de Ambrosio Alfínger. A.G.I. Audiencia de Santo Domingo. 206. Publicado en Gabaldón Márquez, ed. *Descubrimiento y conquista de Venezuela*, B.A.N.H. 55, 1962, p.256.

32. Diario de Felipe Hutten. op.cit. p.365.

33. Castellanos, Juan de. *Elegías*, Parte II, Elegía I, canto III, p.202.

La dependencia exclusiva de guías nativos, fácilmente se transformaba en un arma de doble filo, puesto que la no cooperación y buen hacer de muchos de estos guías, puso en serios peligros el futuro de mas de una hueste. El caso mas notable de esta actitud es quizás el de la expedición de Nicolás Federman de 1530-1531, en la cual durante gran parte de la misma la hueste tuvo problemas con los guías que iban utilizando. En un momento de la misma, en que se están pasando momentos de apuros por la cantidad de enfermos existentes, la mayoría de los cargadores caquetíos huyen, dejando a esta sin porteadores ni guías.

«Tanto mayores eran nuestros apuros cuanto que habían huido todos los indios que debían mostrarnos el camino, excepto, felizmente, un muchacho y una mujer que, no habiendo podido acompañarles, se quedaron con nosotros. Algo entendía esta mujer del lenguaje de los Cuibas, pero pretendía no conocer el camino»³⁴.

El texto es una muestra de la complementariedad de las funciones de guía e intérprete y del hecho que no había ninguna predilección por parte de los conquistadores para que estas tareas las realizara uno de los sexos. En momentos de necesidad, todo indio era un indio válido para cualquier función que fuera necesario realizar en servicio de la hueste.

Posteriormente Federman hará prisioneros en una aldea, enemiga de los anteriores caquetíos, encadenando a estos para que actuaran de guías sin peligro de fugas. Ello no evitó el engaño de estos y la represión del gobernador alemán, que aún despedazando a dos de ellos como escarmiento no consiguió la colaboración deseada.

«porque preferían perecer a ser prisioneros nuestros y nos habían conducido por ese camino para vengarse y hacernos morir de hambre, lo que por poco consiguen»³⁵.

En la relación de servicios de Antonio de Berrío, también se utiliza la resistencia indígena en las labores de guía como una de las causas del fracaso de la segunda entrada del gobernador por tierras del Orinoco Guayanés.

«la infidelidad y malicia de las guías Indios, que con astucia mas que de barbaros procuraban desviarle y alexarle de lo que le veían tan deseoso»³⁶.

Si la resistencia indígena a cumplir eficazmente con este cometido podía ser un problema, mas lo era no contar ni siquiera con alguien a quién poder forzar para hallar el buen camino. Esa fue una de las causas de la pérdida del grupo del capitán Vasconia en su intento de regresar a Coro con el oro recogido por la hueste de Alfinger.

B.2. Intérpretes

Sin llevar intérpretes, la comunicación con el mundo indígena se hacía prácticamente imposible. Es por ello que ya desde la promulgación de las Leyes Nue-

34. Federman, Nicolás. op.cit. p.83.

35. op.cit. p.117.

36. Relación impresa de los servicios de Antonio de Berrío, descubridor en el Dorado por tres veces (sf). A.G.I. Patronato, leg. 254. r.1.

vas, se hacía una excepción a la extendida práctica anterior de traer esclavos a la península, permitiéndose la posibilidad de traer «*hasta tres o cuatro personas*»³⁷ indígenas, para ser instruidos como lenguas. La falta de estos últimos hacía que la distancia cultural que separaba a las distintas huestes de los grupos indígenas con los que contactaban aumentase si cabe aún más, disminuyendo entonces las posibilidades de realizar contactos pacíficos. El baquiano de la segunda entrada de Alfínger, Esteban Martín, aún siendo el mismo guía y lengua, caía en la trampa de la incomunicabilidad cuando al llegar a un poblado, después de cuatro días de hambre y cansancio nos dice: «*dimos en el de guerra porque como no entendíamos nada a los indios, acordábamos de acometer antes que nos acometiesen*»³⁸. Sin embargo, el hecho de llevarlos no significaba siempre el establecimiento de una comunicación clara y fluida con el interlocutor.

La presencia de lenguas indígenas, ya fueran hijos desde el inicio de la expedición o fueran ocasionales durante el transcurso de la misma, facilitaba la comunicación y por tanto las posibilidades de conseguir las ayudas necesarias para la continuación de la jornada. Si los guías eran vitales para ir acertando en la ruta o ir saltando de un poblado a otro, el intérprete ocupaba el primer plano una vez hacía falta establecer el contacto necesario para extraer el máximo provecho de esa relación. El primer beneficio de la misma solía ser casi siempre la alimentación de la hueste. La relación lenguas-alimentos se convierte así en una constante en las huestes de la conquista. Por ello, del intérprete o lengua dependía muchas veces que la tropa pudiera ser alimentada sin malgastar vidas y energías en guazábaras y rancheos. Así lo atestigua la primera jornada de Antonio de Berrío (1584-1585) en la que tras encontrarse una isla llena de «indios de guerra» en mitad del Orinoco, decide ser forzosamente prudente, dada la relación de fuerzas y establecer un primer contacto evitando el enfrentamiento.

«embí una canoa con un soldado y la lengua, con rescates, a ofrecer la paz y amistad; recibieron los rescates y enviáronme comida;»³⁹.

La clave del contacto la tenía el intérprete, puesto que facilitaba el ofrecimiento pacífico de los rescates y permitía el pacto de amistad mediante la contraentrega de alimentos por parte indígena. Encontraremos la misma relación lenguas-alimento, en la hueste de Diego Fernández de Serpa a la Nueva Andalucía (1569-1570), una hueste mas pobladora y colonizadora que de conquista, cuando mientras se poblaba la Nueva Córdoba, «*Despacháronse indios lenguas a los caciques comarcanos para que les amonestasen viniesen a ver a su gobernador y le trajesen comida para sus gentes*»⁴⁰. Tres años después del fracaso de Serpa y su hueste, las Ordenanzas de Descubrimiento, Nueva Población y Pacificación de 1573,

37. Las Leyes Nuevas de 1542-1543. op. cit. cap.34, p.576.

38. Relación de la expedición de Ambrosio Alfínger, escrita por Esteban Martín. op.cit. p.264.

39. A.G.I. Patronato 254. r.1. Cata a S.M. Casanare, 1 de abril de 1587.

40. Relación que hizo Lope de las Varillas, de la conquista y población de Nueva Córdoba, año 1569. Publicada en *Relaciones geográficas de Venezuela*, Antonio Arellano Moreno (recop.), B.A.N.H. 70, Caracas, 1964, pp.66-67.

insistían sobre la beneficiosa utilización de lenguas nativos para llevar a cabo la nueva política de colonización pacífica.

«Procuren llebar algunos indios para lenguas a las partes donde fueren de donde les pareciere ser mas a proposito y lo mismo puedan hazer en las provincias que descubrieren de unas tierras a otras haziendoles todo buen tratamiento»⁴¹.

B.3. Informadores

Ya dijimos con anterioridad que todo indígena se convertía, desde el punto de vista de los intereses del conquistador, en un informador en potencia. Pero también en un hábil desinformador si lo que contaba eran los intereses indígenas, que por lo general no coincidían en nada con los anteriores. Es por ello que Federman, no solo tuvo problemas con sus guías, sino también con los informes que continuamente recibía de estos o de los muchos prisioneros que iba haciendo.

«Nos comenzaban a faltar los víveres; porque según lo que nos habían informado los prisioneros, habíamos supuesto llegar más pronto a la próxima aldea»⁴².

Informes de distancias, de pasos geográficos, de localizaciones de aldeas y campos de cultivo, de la belicosidad o no de los indios que les esperaban, conseguidos voluntariamente, mediante rescate o mediante presiones y torturas a los prisioneros, pero sobre todo, informes que confirmasen la creencia y cercanía del objetivo soñado por el cual se habían empeñado y estaban poniendo en juego su vida. En ese sentido, los indígenas aprendían pronto a confirmar lo que verdaderamente buscaban los castellanos.

«Bien adivino yo lo que tú quieres,
Porque vuestras demandas son antiguas,»⁴³.

Estas no era otra cosa que la riqueza, a ser posible en forma de oro, el mito, en definitiva su propio Dorado. Lo curioso es que normalmente los informes siempre apuntaban a lugares, lo suficientemente alejados para que los castellanos desaparecieran con el mínimo daño sufrido. Las frases, «al otro lado de la montaña», «a tres jornadas de camino», «pasando el río», no hacían mas que intentar sacudirse una presencia de todos puntos molesta, desviando el camino de estos hacia zonas «seguras» para sus propios intereses. Pero si los castellanos, que nunca se creían nada a la primera, conocedores de estas artimañas, daban con un indicio

41. Transcripción de las Ordenanzas de Descubrimiento, Nueva Población y Pacificación de las Indias dadas por Felipe II, el 13 de julio de 1573, en el bosque de Segovia, según el original que se conserva en el Archivo General de Indias de Sevilla. Ministerio de la vivienda, Madrid, 1973, cap.15, p.16.

42. Federman, Nicolás. op.cit. p.74.

43. Castellanos, Juan de. *Elegías*, Parte II, Elegía III, canto I, p.232. La cita hace referencia a la entrada de Felipe Hutten.

suficientemente creíble, se dedicaban a la búsqueda de nuevas informaciones que reafirmaran la anterior. Esto es lo que hizo Felipe Hutten para confirmar las noticias que un indio principal que «*daba muestras de ser hombre de verdad*» le había dado, sobre la derrota mas conveniente para encontrar poblaciones de gente que tuviesen oro.

«procuró haber indios de auqella provincia del pueblo de Nuestra Señora para de nuevo informarse de ellos de la noticia del Dorado, por ver si en alguna cosa conformaban o concordaban con el indio y principal de Papamene»⁴⁴.

La necesidad que tiene la hueste de informadores vendría en gran parte pues, condicionada por los propios objetivos que a priori intentan alcanzar. No se preguntan generalidades, ni se da la iniciativa de la información al indígena, sino que cuando se pregunta, de forma concreta, se esta esperando ya una respuesta confirmativa, con lo cual las posibilidades de entender lo que uno deseaba entender aumentaban significativamente.

C. Servicios internos.

Serán aquellos que de manera diversa, se realizaban con el fin de garantizar el bienestar interno de la hueste; servicios, que si bien no eran nunca imprescindibles para la marcha de esta, si que conseguían dar una cierta comodidad diaria a los integrantes de las mismas. «*los prisioneros Cuyones que aumentaron en cerca de cuatrocientos nuestros hombres de carga, nos fueron muy útiles para otros servicios*»⁴⁵. Es una de las pocas referencias de un conquistador, Nicolás Federman, sobre la importancia de esos «*otros servicios*». Estos estaban directamente relacionados con los tiempos de reposo y de inactividad de la hueste por cuanto era en esas pausas diarias o en los descansos, ya fueran estacionales, invernando, o forzados por diversas circunstancias, cuando los conquistadores podían recrearse y ocuparse de actividades no relacionadas exclusivamente con el avance de la hueste. Servían de alguna manera para engrasar diariamente el funcionamiento del grupo y permitir mantener un clima de relativa normalidad cotidiana. Sin embargo ello en principio dependía del equilibrio en la distribución del servicio entre los miembros de la hueste, es decir, que cada uno de sus miembros pudiera contar con alguna pieza que realizara ese tipo de labores domésticas. En estas, el elemento femenino era el preponderante y por tanto había tanta necesidad de contar o capturar hombres para el porteo, como mujeres para el servicio. Dice Federman sobre su primera entrada que, después de capturar en una aldea al propio cacique junto a veintitrés hombres y mujeres, el cacique fue encadenado y en cuanto a las mujeres «*las distribuí entre los cristianos para su servicio*»⁴⁶.

44. Aguado, fray Pedro de. Recopilación Historial, cap.2, p.252.

45. Federman, Nicolás. op.cit. p.95.

46. op.cit. p.107

C.1. Domésticos

La preparación de alimentos, fundamentalmente el cazabe, la higiene personal, la cura de las heridas o enfermedades y la solución a las necesidades sexuales serían los ámbitos mayoritarios de actuación de los indígenas en estos servicios internos. Todos ellos pueden ser catalogados como domésticos, puesto que ayudaban y acercaban al conquistador a la situación de normalidad vital que muchos de ellos habían dejado al salir de la península o al abandonar los diversos núcleos de poblamiento ya establecidos. El servicio recreaba un cierto «hogar ambulante» que el conquistador se encargaba de aprovechar al máximo. Estos servicios, tanto eran realizados por indias ladinas que acompañaban al soldado en calidad de concubinas y compañeras, desde el momento de la salida, por lo que mantenían una relación mas personal y estrecha o, por indígenas apresadas durante el transcurso de la misma y que debían ser obligadas a realizar las distintas tareas.

Servicio doméstico de una india ladina, fue el prestado a un tal Juan Fernández, soldado portugués, en la entrada de Pedro Maraver de Silva a la Nueva Extremadura (1569-1570). Avanzando con dificultades alimentarias, el protagonista quedó rezagado, enfermo y desmayado de hambre, hasta el punto que sus compañeros le dieron por muerto. No quedó convencida de la situación la india que le acompañaba, que había sido obligada a abandonarlo, puesto que intentó remediar el fatal destino del portugués.

«pidió la india entre los soldados alguna cosa de comida, que de lo poco que tenían le daban con buena gracia, por tenerla ella en su persona. Lo que recogió metió en una olla y en otra unas brasas, y comenzó a tomar la vuelta con la oscuridad de la noche, a donde había quedado el Juan Fernández,... Al fin lo encontró la india, y encendiendo lumbre y calentando la comida que llevaba, se la dió, con que quedó algo confortado. Metiólo la india en un chinchorro o cargador, que acá llaman, y cargándolo a cuestras volvió con él al alojamiento... que al fin le dió la vida»⁴⁷.

Toda una actitud de dedicación y esfuerzo personal que salvó la vida de uno de tantos soldados de la conquista. No llegaba tan lejos normalmente la dedicación, pero si que es ejemplo muy válido del tipo de tareas que normalmente hacían. Buscar alimentos, agua o leña para el fuego, prepararlos, cocinarlos, confortar, consolar, en definitiva, servir de apoyo al conquistador en todo aquello que necesitase o exigiese, incluidas las relaciones sexuales. Así como muchos soldados ya se proveían del elemento femenino antes de partir a la jornada y otros iban casados con sus mujeres, especialmente en las huestes pobladoras de la segunda mitad del siglo, otros muchos solo podían esperar a saciar sus apetitos, mediante la violencia o accediendo a las piezas de indias que capturaban por el camino. El problema para analizar el tema es la falta de informaciones sobre estas cuestiones, que algunas veces se intuyen pero que casi nunca se reflejan directamente en las crónicas. Sin embargo siempre podemos encontrar detalles que nos acerquen a

47. Simón, fray Pedro. *Noticias Historiales*, Séptima Noticia Historial, cap. IV. B.A.N.H. 67, t.II, Caracas, 1963, p.528.

la lógica imperante en estos casos. Sirva el mismo ejemplo de la sirvienta ladina de Juan Fernández para ello. Fray Pedro Simón comenta de ella que era «*moza y de buen parecer*» y que al ser momentáneamente obligada a dejar al portugués, más de uno quiso hacerse con ella.

«codiciosos algunos soldados al buen servicio de la india, se la pidieron al gobernador, que emparejándolos a todos, se la dió al *capellán que llevaban, hombre muy recogido y de vida ejemplar*, que por habérsele muerto una negra esclava suya, no llevaba quién le sirviera»⁴⁸.

Drástica solución la de Pedro Maraver de Silva, quién ante la gran demanda por la hermosa india y para evitar tensiones y disputas internas, decide dársela al capellán, quién no por el hecho de serlo se libraba de la necesidad de contar con un servicio personal. Se entremezclarían así situaciones de convivencia y acercamiento no forzado con otras donde la intimidación, el acoso, o el uso de la violencia en forma de violaciones en rancheos y capturas serían la tónica.

El servicio sin embargo, sufría las mismas vicisitudes de la hueste e incluso muchas veces eran víctimas de la misma tensión bélica que normalmente rodeaba al conquistador.

«poniéndose los propios indios choques en emboscada cerca de donde estaban rancheados los españoles, les tomaban algunas piezas que salían del alojamiento a buscar agua o leña y otras cosas necesarias»⁴⁹.

Por ello, el continuo reparto de indios entre los miembros de la hueste de Jorge de Espira en su entrada a los llanos (1535-1538), tenía como objetivos tanto conseguir cargadores para no ver detenido el avance, como mantener alta la moral de unos hombres fatigados y continuamente hambrientos, mediante la concesión de las máximas ayudas posibles en forma de «piezas» de indios. Era una fácil salida para hombres que se negaban a depender exclusivamente de si mismos, mientras tuvieran a su alcance indios e indias a quién utilizar y sobre quién proyectar sus «justos» títulos de dominio y superioridad.

D. Auxiliares de armas

Esta función solo la hemos visto suficientemente representada y confirmada en la hueste de Nicolás Federman de 1530-1531. Su «Relación del primer viaje a Venezuela», es una de las crónicas que mejor muestran la globalidad de los servicios que los indígenas prestaron en el marco de la hueste. Entre estos, figuran también la utilización de los indígenas como tropas de choque y de ayuda armada y como táctica para superar la real inferioridad numérica de los conquistadores en la mayoría de los lances y guzábaras que provocaban. Federman, armaba a gru-

48. op.cit. p.528.

49. Aguado, fray Pedro de. op.cit. p.185.

pos de indígenas amigos que colocaba por delante de la hueste a la hora de forzar algún paso. En vanguardia, servían para abrir veredas y facilitar el paso del grupo, y en caso necesario para ayudar en emboscadas o resistir el acoso del enemigo. La forma de actuar del conquistador alemán quedaba patente cuando explicaba las razones de la utilización de esos indígenas.

«Una gran parte de los indios que habíamos llevado se habían fugado y queríamos tratar con consideración a los que nos quedaban, para no agotarles las fuerzas y reservarlos para caso de necesidad; tanto más cuanto que podían ayudarnos a resistir al enemigo en los pasajes dificultosos y que en llevándolos, pasábamos de lejos por ser más numerosos. Podíamos, por lo demás, confiar en ellos, porque sólo con nuestro apoyo podían esperar atravesar el territorio de tantas naciones para retornar a su patria»⁵⁰.

Puro interés, explotación máxima, resistencia, chantaje, conceptos que explicarían las formas en que se llevaban a cabo estos servicios.

En base al análisis del papel jugado por los indígenas en el desarrollo interno de las diversas huestes, podrían extraerse fácilmente algunas conclusiones que nos ayudaran a situar finalmente el verdadero valor de dicho papel. Sin embargo hay que volver a insistir en el hecho de que las múltiples funciones realizadas, como comenta Federman, lo fueron siempre en beneficio de los propios conquistadores y en función de los intereses estratégicos de cada hueste. Que los indígenas en general no extrajeron ningún beneficio por su participación en ellas, a excepción de puntuales ayudas por parte de los conquistadores en determinados conflictos interétnicos y si muchos inconvenientes que afectaron de forma irreversible, tanto a su propio futuro personal, como al de sus comunidades.

A. La necesidad y sobre todo la diversidad de las tareas encomendadas al indígena «verdadero comodín» en el marco de la hueste, solo pueden ser explicables por las propias carencias de partida y limitaciones de las diversas expediciones.

B. Que la presencia de indígenas en las huestes era importante a nivel interno, pero no determinaba en ningún momento la consecución de los objetivos marcados por esta.

C. Destacar la importancia del indígena en relación a las tareas de porteo y abastecimiento alimentario de las expediciones. La necesidad de alimentación diaria deviene así un elemento de interrelación constante con el mundo indígena.

D. La importante función de colchón de apoyo que cumplía la presencia indígena, en base al descargo físico, psicológico y sexual que esta aportaba. El conquistador trasladaba al indígena sus necesidades, sus angustias, sus temores y sus complejos, actuando estos como válvula de escape de muchas de las tensiones presentes en la hueste.

50. op.cit. p.73.